

www.elboomeran.com

EL PAPEL DE MI FAMILIA
EN LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Paisajes narrados, 33

www.elboomeran.com

Bora Ćosić

El papel de mi familia en la revolución mundial

Traducción de Luisa Fernanda Garrido Ramos
y Tihomir Pištelek

editorial  minúscula
BARCELONA

www.elboomeran.com

Título original: *Uloga moje porodice u svetskoj revoluciji*

© by 2002 Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main

© de la traducción: 2009 Luisa Fernanda Garrido Ramos y Tihomir Pištelek

Revisión: Francesc Nadal

© 2009 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Portolà, 26 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: mayo de 2009

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © Imgorthand

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-52-7

Depósito legal: B-25.509-2009

Printed in Spain

I

Mamá cosió una bolsa. En la bolsa bordó las palabras «Papel de periódico.» También bordó a papá sentado en la taza del retrete con los pantalones bajados y leyendo. El bordado tenía tres colores: uno para papá, otro para los pantalones y el tercero para los periódicos. Papá se parecía mucho al de bolsa, salvo que, sin ninguna relación con la realidad, en el bordado era calvo, quizá por venganza. En la bolsa guardaban el papel de periódico cortado con un gran cuchillo de cocina. El papel lo cortaba el abuelo, y solo había periódicos que papá ya hubiera leído. Yo lo escribí en una redacción que nos pusieron de deberes, «Nuestra vida en el retrete y en otros lugares». Mamá dijo: «¡Pero qué clase de escuela es esta que saca todo a la luz! ¡Qué horror!» Y yo le respondí: «¡Como si a mí me pidieran opinión!»

Mamá estaba encaramada a la ventana con un trapo en la mano y limpiaba los cristales. Allí colgaba sobre un abismo de tres pisos. En casa todos gritaban,

el abuelo quiso sujetarla por las piernas, una de mis tías se desmayó. Papá preguntó: «¿Tienes que colgarte así para limpiar?» Mamá dijo: «¡Sí!» Mamá hacía el tomate frito en una gran olla de las que se utilizan para lavar la ropa; el tomate hervía a borbotones. Mamá se ponía de pie sobre un taburete desde donde removía la salsa con una larga cuchara de madera, manteniéndose a distancia. Mi tío, el hermano de mi madre, dijo: «¡Anda que como se caiga en la olla...!» La salsa de tomate salpicaba por todas partes, manchaba la pared y nos quemaba los dedos. Mamá se justificó: «¡Qué le voy a hacer!» La vida estaba llena de peligros.

Mamá trajo una gallina que armó un gran escándalo y soltó plumas por toda la casa. Durante un tiempo yo arrastré la gallina con una cuerda, y luego mamá la cogió de un ala y le cortó la cabeza en la taza del retrete. Tiró de la cadena; la gallina sin cabeza temblaba en un rincón y manchó de sangre las zapatillas de mi madre. Fue horrible, pero divertido. Mamá ordenó: «¡Vamos, a estirar las cortinas!» Las cortinas estaban recién lavadas y húmedas, el abuelo y mi tío tiraban de los extremos con todas sus fuerzas. Mamá les regañó: «¡De nada me sirve que las hagáis trizas!» El abuelo gruñó: «Hija, ni que estuviéramos en un barco», y mamá replicó: «Más me valdría hacerlo sola, aunque no tenga la fuerza de un hombre.» Mamá estiraba la

masa de hojaldre para hacer una empanada. Las hojas de masa eran grandes y sobresalían de la mesa colgando por encima de los respaldos de las sillas; el aire las hacía vibrar y se oía el ruido. Mamá tendió la camisa de papá en el baño. Desde arriba, de las mangas empapadas, chorreaba el agua como un chaparrón. El abuelo preguntó: «¿Tengo que coger el paraguas mientras cago?» Mamá colocaba los tarros con encurtidos encima de un piano marca Bösendorfer. Los tarros estaban envueltos en chales mientras se enfriaban, el piano se abombó un poco en el centro. Mamá secaba las judías verdes sobre periódicos viejos en lo alto de los armarios. Mamá preparaba la pasta para fideos, los cortaba para tres meses y los esparcía por las camas para que se secaran. Papá gritó: «¿Hasta cuándo va a durar este estado de guerra?» El tío dijo: «¡Voy a hacer unos andamios para circular por la casa!» Yo pregunté: «¿Estamos en un teatro?» Mamá dijo: «¡Vais a ver, un día me encontraréis en el granero, colgando de una cuerda!» «¿Por qué?», inquirió el abuelo. Mamá le contestó: «¡Porque hay momentos en que estoy harta de todo!»

Mamá estaba comiendo *sarma*, cuando se le atragantó una de las hojas del repollo. Empezó a resollar y a bracear, por fin consiguió tragar a duras penas. Después contó: «¡Ya tenía un pie en la tumba, me habría muerto a la vista de todos!» El abuelo respondió: «¡No

digas bobadas!» Ella continuó: «¡Bah, y no es nada en comparación con el día que me empujaron al agua, así, por la espalda!», y después añadió: «¡Ay, si no hubiera sido por aquel bravo marinero que me agarró mientras me preguntaba si no sabía nadar!» Mamá siempre contaba cosas terribles de la vida, tanto de la suya propia como de las ajenas, y todavía agregó algo más atroz: «Y cuando me caí del tranvía y el señor profesor me agarró tan fuerte que creía que iba a romperme en cuatro pedazos.» Las tías dijeron: «¡Qué suerte tienes!» El abuelo masculló: «Solo os interesan las cosas malas de la vida.» Mamá señaló el calendario de los Jóvenes Comerciantes que colgaba de la pared: «Aquí lo pone todo, negro sobre blanco.» En el calendario estaban apuntados todos los días de sobriedad de papá, los cumpleaños de todos los miembros de la familia, así como el aniversario de la caída de mamá por las escaleras de los grandes almacenes Ta-ta. Mamá afirmó: «Durante ocho días estuve entre la vida y la muerte.» Ella dividía el tiempo en períodos de ocho o catorce días, o bien de seis semanas; este último era su preferido. Todos se correspondían con la duración de alguna enfermedad.

A mamá le dolían las muelas. Se enrollaba alrededor de la cabeza diversos trapos y gritaba, nosotros no la reconocíamos. El abuelo calentó la plancha y la pegó a la mejilla de mamá. Mamá se quemó, a pesar del

chal, y el dolor de muelas tampoco se le pasó, al contrario. Mamá se quejó: «¡Ay, ay, aquí me ha salido un hueso!» Todos palparon la protuberancia que le había salido en el pie y que más tarde desapareció. Mamá dijo: «Solo querría saber el día y la hora de mi muerte, después me quedaría completamente tranquila.» Mi tío le replicó: «Si le tienes miedo a un gusano en una manzana, ¿cómo no te va a dar miedo eso!» Mamá anunció: «He visto a un maníaco en un portal, en la calle Carica Milica.» Todos callaron, y ella añadió: «Solo llevaba una gabardina, desabrochada, pero no llovía. —Entonces se volvió hacia mí y gritó— ¿Es que tienes que oír todas las cochinas que no son para niños?» Yo contesté: «Pues claro.» Después continuó dirigiéndose a los otros: «Si no fuera porque este pobre crío está aquí os contaría una película que en realidad no he visto.» El abuelo saltó enseguida: «¡Seguro que es algo picante!» Mamá dijo: «No, salvo que él se aproxima a ella con una mirada malvada y ella, deshecha en llanto, empieza a desabrocharse la preciosa blusa de *crêpe georgette*.»

Mamá salió al rellano para dar de comer a un mendigo y después contó: «A mí los que más me gustan son los que vienen y dicen: “Mi madre ha muerto, mi padre está en el hospital y yo estoy loco”.» El abuelo exclamó: «¡Justo lo que faltaba!» Mamá explicó: «Pues sí, porque entonces veo que hay gente más desgraciada

que nosotros, a la que le puedo dar las sobras de la caldereta de anteayer, que si no tiraría a la basura. —Después se acordó de algo más—: ¡Cuando piensas que necesitas un día entero para preparar la maldita comida que se devora en diez minutos!» El abuelo preguntó: «¿Y tú qué querías?» Mamá contestó: «Nada, nada, no me quejo, porque me acuerdo de cuántos ciegos y lisiados y de cuántas miserias hay, mientras que yo, gracias a Dios, estoy fuerte como un roble.» Mamá siempre pensaba en casos de injusticia y enfermedades que hacían estragos por todas partes, pero al final encontraba algo que nos alegraba a todos. Papá decía a menudo: «Mamá es una santa», pero de una manera un tanto burlona. Mis tías me dieron para leer la historia de una madre que recoge ramas en el bosque descalza, y llegan los lobos y se la comen.